

JETTA CARLETON

Jetta Carleton (1913-1999) nació en Holden, Misuri. Después de pasar la infancia junto a sus hermanas mayores en la granja de sus padres, cursó estudios universitarios. Obtuvo un máster en Literatura Inglesa, ejerció como profesora durante un tiempo y poco después se mudó a la costa este de Estados Unidos para dedicarse a la publicidad. Las estancias veraniegas en casa de sus padres con sus hermanas le inspiraron su primera y única novela publicada, *Cuatro hermanas* (1962), que rápidamente se convirtió en un *best seller*.

En 1970, después de abandonar el mundo de la publicidad, montó una pequeña editorial en Santa Fe, Nuevo México, llamada *The Lightning Tree*, con la ayuda de Jene Lyon, su marido. A mediados de los noventa, tras enviudar, empezó a escribir una nueva novela que nunca llegó a ver publicada.

Cuatro hermanas

A*

Jetta Carleton

Cuatro hermanas

Traducción de María Teresa Gispert

Las semejanzas entre este libro y mi propia familia son su laboriosidad y el medio en que la desarrollaron, su amor a Dios y al prójimo. Ésta es la realidad. El resto es ficción.

Primera edición en Libros del Asteroide, 2009

Quinta edición, 2015

Primera edición en esta colección, 2015

Título original: *Moonflower Vine*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Jetta Carleton 1962, 1990

All rights reserved

© de la traducción, María Teresa Gispert, a quien Libros del Asteroide S.L.U. reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir las retribuciones que pudieren corresponderle.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-43-6

Depósito legal: B.25.660-2015

Impreso por Liberdúplex S.L.U.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño colección Décimo Aniversario: Jordi Duró

Índice

LA FAMILIA	11
JESSICA	59
MATTHEW	141
MATHY	231
LEONIE	311
CALLIE	371

*Dedico este libro a mi padre, a mis hermanas
y a la memoria de mi madre*

LA FAMILIA

Mi padre poseía una granja en el lado occidental del Misuri, por debajo del río, donde la meseta de Ozark desciende para unirse a la llanura. Es ésta una región surcada por riachuelos, rica en pastos que, buscando la luz del sol, surgen en medio de valles llenos de arbolado y se extinguen sobre enhiestas rocas calizas. Es una bonita comarca. No despierta admiración, como hacen otras, pero a su modesta manera es una tierra fértil en la que abunda el maíz, los caquis, zarzamoras, nogales negros, hierba de forraje y rosas salvajes. La granja, ochenta hectáreas bañadas por las lentas y parduscas aguas del Little Tebo, se enclava en su centro.

No había aún concluido el siglo XIX cuando mis padres, Matthew y Callie Soames, llegaron por primera vez a la granja. Recién casados, llevaban por todo equipaje una tetera, un colchón de plumas y un par de mulos. Más adelante, se fueron a vivir a una pequeña ciudad donde mi padre era maestro de escuela. A veces regresaban a la granja durante el verano, y al cabo de muchos años se quedaron definitivamente en ella. Pintaron la casa, arreglaron el viejo granero gris, compraron un buey y un depósito de butano, y se instalaron allí todo el año, tan felices como si fueran dos saludables jóvenes de veinte años, en vez de una delicada pareja que pasaba de los setenta.

Mis hermanas y yo solíamos ir a verlos todos los veranos. Jessica llegaba del corazón de los Ozarks; Leonie, de una pequeña ciudad

de Kansas, y yo, de Nueva York, donde trabajaba en televisión, por aquellos tiempos una industria nueva que a mi familia le parecía muy misteriosa. A mí, igual que a mis hermanas, estas visitas me parecían un fastidio anual, como los impuestos sobre la renta. Siempre se nos presentaban otras mil maneras de pasar el tiempo pero, aunque éramos ya mayores, nuestros padres conservaban su autoridad. Exigían el tributo y nosotras lo pagábamos.

Una vez allí, nos sentíamos bastante felices. Volvíamos fácilmente a las viejas costumbres, a las antiguas bromas, pescábamos en el arroyo, comíamos crema de leche, engordábamos, y nos dejábamos vencer por la pereza. Era una temporada de plácida irrealidad. Las vidas que llevábamos en el exterior quedaban suspendidas; los asuntos del mundo, olvidados, y sólo recordábamos nuestra sangre común. No importaba que nuestros valores no fueran ya los mismos, que hubiéramos emprendido caminos distintos; cuando nos encontrábamos en familia, sabíamos disfrutar todos juntos.

Recuerdo particularmente un verano a principios de los años cincuenta. Los maridos de Jessica y Leonie no vinieron; uno era granjero, el otro mecánico, y ninguno de los dos pudo dejar su trabajo. Sólo el hijo de Leonie nos acompañaba. Soames era un muchacho alto y guapo que acababa de cumplir los dieciocho. Al cabo de pocas semanas iba a alistarse en la Fuerza Aérea, y su madre no podía soportar la idea. Cuando se hubiera marchado, quedarían tantas cosas por hacer y tantas por decir que nunca se les volvería a presentar la oportunidad de hacerlas o decir las. Fue una época triste para los dos, y también para los demás, sobre todo porque todavía continuaba la guerra de Corea. La guerra nos preocupaba mucho y confería a su partida una especial gravedad. No podíamos pensar en una cosa sin pensar en la otra. Y sin embargo, allí, en el corazón del país, tan lejos del mundo exterior, aún era posible no pensar en ninguna de las dos. Carecíamos de periódicos. Nadie nos molestaba con la radio. Las pocas noticias que recibíamos parecían irreales y no nos concernían. Sólo el rugido de los aviones de una base aérea del norte nos recordaba el peligro, y pronto incluso ellos perdieron su aire amenazador. Sus sombras se

deslizaban por los campos y el patio como las sombras de las nubes, apenas más siniestras. La granja era una pequeña isla en un mar de verano. Y aquella guerra lejana en la que tantos jóvenes morían nos preocupaba menos que los disparos recibidos por un viejo.

Esto había sucedido cerca de casa, a un par de kilómetros del camino. A un solitario granjero llamado Corcoran le había disparado unos cuantos tiros su único hijo, un infeliz recientemente licenciado del ejército. Mis padres encontraron al viejo a la mañana siguiente, enroscado debajo de una cama como una alfombra en verano. Lo habían abandonado ahí para que se muriera, pero había sobrevivido, a duras penas. Mis padres lo llevaron en coche a un hospital que quedaba a treinta kilómetros; mi madre, en el asiento trasero, con la cabeza del anciano en el regazo.

Todo esto ocurrió poco antes de nuestra llegada. En nuestro penúltimo día de estancia en la granja, todavía lo comentábamos.

—¡Pobre viejo! —dijo mi madre—. Sería una bendición que se muriese.

—Sí, desde luego —replicó mi padre—. No tiene a nadie que le cuide.

—Era un viejo gruñón, pero no se merece tanto *sufrir*.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Setenta, al menos —contestó mi madre. Y por el modo en que lo dijo, el hombre podría haber sido su abuelo.

—¿Han cogido al chico? —inquirió Soames.

—Todavía no.

—¿Cómo es posible que llegara a eso?

—No lo sé —repuso mi padre—. Algunos dicen que el viejo era muy duro con él.

—¡Corrían toda clase de chismes! —dijo mi madre—. Que si su padre le dejaba atado en el ahumadero y cosas por el estilo. Nunca me los he creído.

—Habladurías —comentó mi padre—. El viejo siempre se peleaba con la gente y han querido devolvérselas todas. Tenía unos modales bruscos y groseros, pero no era mezquino.

—No, eso no *le* era. En cambio, el chico era raro. No estaba muy en sus cabales. No sé cómo lo admitieron en el ejército.

—Tiene su lógica...—dijo Soames sonriendo y levantándose.

—Eres de lo que no hay —le dijo mamá dándole unas palmadas en las posaderas de los vaqueros—. Dios mío, nos hemos olvidado de calentar agua para lavar los platos.

Así terminó nuestra conversación sobre la violencia en el vecindario. Nos levantamos de la mesa aturridos por todo lo que habíamos comido. El almuerzo había consistido en filete asado, guisantes a la crema, tomates verdes salteados con mantequilla y pastel de azúcar quemado de postre.

—Todo estaba riquísimo —dijo Jessica—. Me gustaría tener tres estómagos, como las vacas.

—A mí también —dijo Leonie. Se comió el último tomate frito de la bandeja.

—¿Después del pastel? —exclamé sorprendida.

—Siempre he de terminar con algo salado.

—Engordarás como un cerdito —dijo mi padre, acariciándole el hombro.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó mamá.

—Al porche —repuso papá.

—Bueno, que no *te se* olvide que tienes que ir a la ciudad a buscar hielo..., tú o Soames.

—Iré yo, abuela.

Soames nunca perdía ocasión de conducir mi pequeño coche.

—Pero, cariño —dijo Leonie—, ¿quieres irte ahora a la ciudad? ¿Por qué no te quedas en casa como un buen chico y sigues trabajando en el tejado del granero? Mamá se sentiría muy orgullosa si terminarás tu trabajo.

—Ya lo terminaré.

—Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Ya sabes que mañana vamos a ir a cortar el árbol de las abejas.

—Ya lo sé.

—Y hay un montón de tablas que no has colocado todavía.

—También lo sé, mamá. Ya me encargaré de ellas.

—No lo harás, si te vas a la ciudad.

—Vamos, déjale ir —interrumpió mi padre—. Hace mucho calor encima de ese tejado, ¿verdad, muchacho? Nos iremos los dos dentro de un rato.

—No volváis muy tarde —dijo mamá—. Queremos hacer la crema antes de que se abran las damas de noche.*

—Llegaremos a tiempo.

—Bueno, que sea verdad. —Se volvió hacia nosotras—. ¡Al menos se abrirán dos docenas esta noche! He contado los capullos esta mañana. ¡Nunca había visto tantos! Bueno, niñas, ¿qué nos llevaremos para la excursión de mañana? Decidamos.

Lo discutimos mientras lavábamos los platos. Abajo, en el bosque, mi padre había encontrado un árbol hueco en el que las abejas habían instalado su colmena. Al día siguiente íbamos a hacerlas salir con humo, cortar el árbol y recoger la miel silvestre. También pensábamos nadar, pescar y preparar la comida junto al sombreado riachuelo. Papá y mamá habían planeado pasar todo el día en el campo, como alegre colofón de nuestras dos semanas en casa.

Mientras debatíamos las respectivas excelencias de las patatas fritas y la ensalada de patatas, el teléfono de la pared del comedor sonó con dos toques cortos y uno largo.

—Es nuestro teléfono —dijo mamá.

—¡Yo lo cojo! —gritó papá. Un minuto después apareció en la puerta de la cocina—. Mamá, es Jake Latham. Él, Fanny, los Barrow y algunos otros van a ir a la granja de Corcoran mañana. Jake dice que la alfalfa está ya seca y hay que amontonarla ya. Y cree que también conviene recoger los melocotones.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de mamá era ligeramente irónica—. Ya era hora de que hicieran algo por él. Ésta será la primera vez.

—Bueno, mejor tarde que nunca. *Absit invidia*.

—Supongo que quieren que vayamos a ayudarles.

—Sí, eso quieren.

—Les habrás dicho que no podemos...

* En el original inglés se refieren a las *moonflowers* (*Ipomoea alba*), especie de enredadera cuyas flores se abren al anochecer.

—Les he dicho que ya vería.

Mamá le miró como si fuera tonto.

—Pero ¡si mañana vamos a cortar el árbol de las abejas!

—Ya lo sé, pero...

—¿No se lo has dicho?

—No...

—¿Por qué?

—Bueno —replicó papá evasivo—, no creo que un árbol lleno de abejas le parezca a Jake una buena excusa.

—¡Bobadas! ¿A quién le importa lo que piense Jake?

—No deberíamos mostrarnos poco dispuestos a colaborar —dijo papá.

—Me parece que son ellos los que colaboran poco. Nunca han hecho nada por él. Bueno, de todos modos, está muy bien que lo hagan ahora. No me importaría ayudar, pero ¿no pueden esperar hasta el lunes?

—Se lo he preguntado a Jake y me ha dicho que no le iba bien.

—Pues mañana no nos va bien a nosotros. Tenemos otros planes.

—Ya lo sé —dijo papá con expresión preocupada—. Odio ir mañana, pero no sé cómo negarme. Vosotros seguid adelante con la excursión; yo iré a la granja de Corcoran.

—Eso no sería justo —replicó Jessica—. ¿Por qué no vamos todos? Tus chicas pueden ayudar.

—¡De ninguna manera! —exclamó mamá—. No va a ir nadie. ¿Cómo vamos a dejar que nos estropeen el día? Son muchos para trabajar, y por una vez pueden pasar sin nosotros.

—Pensarán que somos unos egoístas —previno papá.

—Que piensen lo que quieran. Es el precio que tendremos que pagar.

—Muy bien. Si ésta es tu última palabra, no diré nada más.

Papá se puso el sombrero y se marchó con aire de noble resignación. Se sentía enormemente aliviado. Nosotras terminamos de lavar los platos y mamá se fue arriba a hacer la siesta. Soames se había puesto a trabajar. Leonie salió a decirle lo buen chico que era.

—Pobre Leonie —dijo Jessica—. Parece como si quisiera obligarle a terminar ese tejado.

—Si no se calla —observé—, lo sacaré de quicio y acabará dejándolo todo a medias.

—Sí —repuso Jessica—, y después el pobre chico se sentirá culpable.

—Y se enfadará con ella.

—Y ella pensará que no la quiere, pues de lo contrario la habría complacido.

—Lo mismo que con las lecciones de canto —dije.

Leonie había suplicado, regañado, insistido e intentado todas las estratagemas maternas conocidas para convertir a Soames en cantante. No iba desencaminada, porque Soames poseía una bonita voz. Podría haber llegado a ser muy bueno si se lo hubiese propuesto. Pero el canto no le interesaba, como tampoco muchas otras cosas, a excepción del vuelo.

—¡Pobrecillos! —exclamó Jessica—. Me dan tanta pena los dos que casi no la puedo resistir.

—Bueno, procuremos que vuelva aquí y lo deje solo; si podemos, claro. Voy a tocar el piano. Eso la atraerá.

Nos dirigimos a la sala donde estaba el viejo piano y rescatamos unos números muy atrasados de la revista *Étude*. Me decidí por una composición llamada «La atracción de Cupido», una de las que más me gustaban de joven. Tardé un rato en colocar bien los dedos sobre el teclado, y la melodía fue perdiéndose entre los acordes. Leonie acudió en seguida con las manos sobre las orejas.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Más garbo!

Despachó «La atracción de Cupido» con dedos diestros y empezó a tocar otras piezas, algunas canciones —llenas de «¡Oye!» y de «¡Oh!» y de pesares que llegaban cuando caía el manto de la noche— que Jessica y yo interpretamos con el ánimo que requerían. Nos lo estábamos pasando muy bien. Pero, en medio de la juerga, un sabueso extraviado que había estado rondando nuestro patio toda la semana empezó a ladrar. Salí a calmarlo.

—¡Pobrecito! —dije—. Me gustaría saber dónde vives.

—Es una birra de animal —comentó Jessica.

—Es un perrito muy mono. Me gusta.

—Tiene pulgas.

—No es culpa suya.

—¿Qué le pasó al de la barba? —preguntó Jessica.

—¿Un perro con barba?

—Bueno, era una especie de perro. Me refiero a aquel muchacho de aspecto tan raro que trajiste aquí el verano pasado.

—¡Ah, ése! Yo no lo traje..., vino él solo. Estaba haciendo un viaje, una ruta andando.

—Una ruta predicando, diría yo.

—Lo recuerdo —dijo Leonie—. Llevaba zapatillas de tenis.

—Sin calcetines —añadió Jessica.

—Y olía muy raro.

—¡Uno de esos zarrapastrosos con los que se relaciona nuestra hermana!

Me dirigieron una mirada diabólica; los amigos que yo tenía las ponían furiosas. No comprendían a los anárquicos tipos de pelo revuelto a los que siempre parecía atraer y que algunas veces ni siquiera me gustaban a mí.

—¿Te acuerdas de cómo tomaba los cereales? —preguntó Jessica—. Se le caían por toda la barba.

—¡Y metía la barba en el plato!

—Siempre lo seguía un enjambre de moscas.

—¡Basta! —chillé—. Era muy intelectual.

—¡Intelectual! —replicó Leonie con indignación—. ¡Se burló de Shakespeare!

—¡Chist! ¡Despertaremos a mamá!

Todas nos echamos a reír sin ninguna razón especial.

—Tengo mucho calor —dijo Jessica—. Estoy sudando como un cerdo. Bajemos a bañarnos.

La única bañera de la granja consistía en un amplio tramo del arroyo. Con unas cuantas toallas y una pastilla de jabón de Ivory, atravesamos los campos hasta donde el riachuelo se abría paso por un profundo barranco. Allí, mi padre había construido una pequeña presa y colgado

un cubo en una rama de abedul. Creía en el valor terapéutico del agua del manantial, de la miel silvestre y de los rayos de sol. Nos deslizamos por la orilla y nos sentamos en cuclillas. El aire era dulce y frío.

—Toma un poco de agua del río —dijo Jessica, tendiéndome el cubo lleno—. Es buena para los riñones.

Hicimos un concurso para ver cuál de las dos resistía más. Nunca habíamos oído hablar de las hemorragias internas. Por fin Leonie nos hizo parar.

—Os haréis pipí en la bañera —dijo.

Caminamos hasta donde el arroyo formaba un estanque. Allí el agua era más profunda y tan clara que se podían ver sombras de hojas en su suave fondo arenoso. Nos desnudamos detrás de unos matorrales y Jessica se metió en el río, chillando mientras el agua helada iba alcanzándole la cintura. Leonie entró con delicadeza, salpicándose las muñecas y las rodillas. Yo resbalé y me caí dentro. Al cabo de un rato nos acostumbramos al frío. Nos enjabonamos, nadamos y chapoteamos, divirtiéndonos como chiquillas en lugar de como mujeres adultas. Jessica tenía casi cincuenta años, Leonie no andaba lejos de cumplirlos y yo iba para los treinta. Pero ninguna de nosotras actuaba o se sentía como correspondería a la edad que teníamos. Nos comportábamos casi siempre como niñas retrasadas porque eso era lo que a nuestros padres les gustaba.

Nuestros cuerpos brillaban al sol.

—¿Verdad que somos guapas? —dije.

Dejamos de chapotear y nos contemplamos.

—Ya lo creo que lo somos —replicó Jessica—. Muy guapas.

Aunque ella estaba demasiado gorda y yo casi en los huesos, las tres teníamos la piel blanca y suave, y estábamos bien formadas. Allí en el campo, bajo la luz del sol, parecíamos hermosas, y resultaba natural decirlo. Salimos del agua y nos sentamos en una roca llana frotándonos con las toallas.

—Me gustaría que papá y mamá instalaran agua corriente —dijo Leonie—. ¿No creéis que les hace falta?

—No lo sé —replicó Jessica—. Han vivido años sin ella, me parece que no la echan de menos.

—Se acostumbrarían.

—Bueno, ¿y qué tiene esto de malo? —dijo Jessica, imitando el tono de voz de papá—. ¡Con el agua del río tenemos bastante!

Nos echamos a reír, y yo pensé en la ciudad en la que nació, donde sólo el banquero y el dueño de la tienda de ultramarinos podían permitirse el lujo de poseer una fosa séptica y de costearse las reparaciones continuas que exigía una bomba en el sótano. Los demás nos las arreglábamos lo mejor que podíamos. Recuerdo el aspecto que presentaba la cocina en una mañana de invierno: sacos de carbón en el suelo, el cubo de la basura junto a la puerta, agua hirviendo en la gran estufa negra, mi padre afeitándose en la mesa, y yo, en combinación, lavándome en la tina gris esmaltada (el cuello y las axilas), mientras mamá freía el tocino en el fogón. La cocina no era una estancia agradable. Servía de baño, comedor y lavandería, por turnos o todo a la vez. No era algo que nos preocupara demasiado; no nos preocupaba demasiado hasta que visitábamos las otras casas de la ciudad; entonces resultaba más duro salir a diez grados bajo cero para sentarse en el retrete del patio o tolerar el orinal del dormitorio, tan práctico.

Esto era en invierno. En verano, la vida se expandía con los rayos del sol. Podíamos bañarnos arriba, lavar la ropa a la sombra del melocotonero y planchar bajo la brisa del porche trasero. La casa parecía más alta, más amplia, más bonita. Las estufas se guardaban en el depósito de carbón y las mesas se cubrían de flores. Había que llenar los cubos de agua y vaciar los de basura, claro está. Pero no teníamos que entrar carbón, ni sacar cenizas. Y tampoco era necesario tener el orinal en la habitación; uno iba al retrete antes de meterse en la cama, lo cual, en las noches de verano, resultaba una agradable excursión.

—Bueno —estaba diciendo Leonie—, me gustaría que modernizaran la casa un poco, si es que van a quedarse aquí.

—No podrán quedarse mucho tiempo —dijo Jessica.

—Ellos creen que sí.

—Ya lo sé, pero no podrán. Son demasiado mayores. Y además, con agua corriente no nos divertiríamos ni la mitad que ahora.

El sol se filtraba entre las hojas del roble. A lo lejos, en los bosques, un jilguero cantaba alegremente. Jessica se sentó sobre una toalla azul y rodeó las rodillas con los brazos. Su piel estaba todavía sonrosada por el agua, y su redondeado trasero tenía el aspecto de un enorme melocotón. Parecía una Diana de Boucher o una bañista de Renoir. Pero si se lo hubiera comentado se habría echado a reír, diciendo que aquello era una tontería. Jessica no iba a pretender ser más que lo que era vestida: una mujer corriente de mediana edad bastante desaliñada y necesitada de una faja.

Miré a mi otra hermana. Estaba sentada al sol, bronceada y brillante como un huevo moreno caliente. Poseía un cutis envidiable, y su pelo, antes rubio, le caía ahora sobre los hombros plateado y hermoso como las barbas de una panocha todavía verde. Ninguna mujer con aquel aspecto, pensé, merecía tener el carácter de Carry Nation.* Pero Leonie estaba marcada, más que ninguna de nosotras, por el sello de nuestros antepasados: gentes animosas que se abrieron camino por Indiana y Kentucky desbrozando el desierto con la Palabra de Dios. Y si, por exceso de celo, con el hacha con que talaban el roble venenoso también abatían el retoño de manzano, no pasaba nada, porque era la Palabra de Dios la que lo había derribado. El Libro Sagrado era la ley, la luz y el camino, no el amor. Nada podía detener a aquellos fanáticos de ojos de fuego que se abrían paso hacia el Misuri y hacia el siglo XX, como tampoco nada podía detener a Leonie. Ella poseía ese ardor, esa hacha de Dios. Sin embargo, como el de sus antepasados, el suyo era un camino duro y lleno de derrotas. Cuando se dejaba invadir por las dudas, daba lástima. Al llegar a la granja dos semanas atrás, tenía la cara chupada y los ojos hundidos de preocupación. Pero los días tranquilos, la crema de leche y la risa la habían hecho engordar un poco y parecer hermosa de nuevo. Sentada desnuda sobre la roca, peinando su largo cabello, parecía una ninfa, y se lo dije. Aceptó el cumplido con una tímida sonrisa, sin creerlo, pero complacida.

* Carry Nation (1846-1911) fue una feroz activista del movimiento antialcohólico antes de la ley seca en Estados Unidos, conocida por sus destrozos en bares.

—Supongo que mamá ya se habrá despertado —dijo—. Tendríamos que volver.

—Me imagino que sí.

Pero nadie se movió. Contemplamos cómo una hoja caía lentamente sobre el agua. Luego otra. Una cigarra rompió el silencio con un agudo chirrido.

—Otoño... —murmuró Jessica.

Al cabo de un rato, nos vestimos y emprendimos el largo camino de regreso a casa. Trepando por una ladera, llegamos al prado que llamábamos el de la Vieja Chimenea. Unos cuantos ladrillos descoloridos señalaban el lugar donde había ardido una casa, hacía varios años. Jessica y Leonie recordaban cuando se alzaba la chimenea, visible desde el camino.

—¿Te acuerdas —preguntó Jessica— de cómo dividíamos los viejos cimientos en habitaciones?

—Con ristras de tréboles —dijo Leonie.

—¿Y de cómo las decorábamos con margaritas?

—¡Sí, y con flores de zanahoria silvestre y asclepias!

—¡Y los ácaros de las asclepias nos decoraban a nosotras!

Se echaron a reír.

—Aquí había un ciruelo, y solíamos comernos las frutas antes de que maduraran, ¿te acuerdas?

—¡Nos sentaban mal y mamá se enfadaba! Era tan divertido...

—De eso hace mucho tiempo.

—Sí...

—Mathy tenía aquí una casita —dijo Jessica—. ¿Recuerdas que veníamos a buscarla cuando no volvía a casa al anochecer?

—¡Claro que me acuerdo!

Sonrieron, y siguieron caminando delante de mí, recordando tiempos en los que yo desempeñaba un papel muy escaso. No había compartido su niñez. Tuvieron otra hermana pequeña, mucho antes de que naciera yo. Era Mathy, la tercera hija, a quien yo sólo recordaba vagamente. Se marchó cuando yo tenía tres años, pero cuando cumplí los cinco tuvo un hijo, un niño llamado Peter. A través de él supe cómo era ella. Se le parecía mucho, me decían: buena

figura, moreno, con brillantes ojos negros; vivaz, extraño, imperturbable y, como su madre, fascinado por el mundo. Peter adoraba los árboles, las piedras, los huesos desenterrados y, por encima de todo, el intrincado mecanismo de cualquier cosa que se arrastrara o volara: chinches, escarabajos, mariposas... Los había convertido en su profesión. Ahora estaba estudiando en Europa con una beca, en la Universidad de Leiden. Todos nos sentíamos sumamente orgullosos de Peter.

Jessica y Leonie dieron una vuelta por los viejos cimientos, hablando todavía de Mathy.

—Debió de ser una vida muy dura —dijo Leonie—. A mí no me habría gustado.

—Ni a mí. Pero creo que ella fue feliz.

—Lo deseo. ¡Lo deseo de veras!

Leonie alzó los ojos vivamente, como si Jessica pudiera dudarlo.

—Me gustaría que Peter estuviera aquí —dije, contemplando un bicho que subía por un tronco.

—¡Pues a mí me gustaría estar allí! —repuso Leonie—. Daría cualquier cosa por viajar a Europa.

—Te llevaré algún día... si no desaparece. ¿Verdad que sería divertido estar allí con Peter?

—¡Ya lo creo! —exclamó—. ¿Te ha contado ese viaje que hizo durante sus vacaciones? Escribe unas cartas maravillosas.

—Y muchas.

—Espero que Soames haga lo mismo. Cuando se fue el verano pasado, sólo recibí una postal. —Su cara se ensombreció ligeramente, y luego se iluminó de nuevo—. Peter nos mandó postales de todas partes. Londres, Venecia, Dinamarca... Fíjate, ¡ha visto Elsinore!

—Sí, me lo escribió.

—¡Elsinore! ¡Y todos esos sitios que conocemos por la literatura! Peter sabe apreciarlos.

—Desde luego.

—Me gustaría que Soames fuera igual. —Una expresión de herida perplejidad volvió a aparecer en su cara—. ¡Oh, cuando lo pienso! Sólo con que hubiera continuado con sus lecciones de canto podría

haber estudiado en Europa también. ¡Italia..., París...! Si yo hubiera podido encontrar la manera..., si su padre me hubiera ayudado...

Dio media vuelta con el bello rostro encogido en una expresión de frustración. En aquel momento, un lejano «¡eeeh!» llegó a través del bosque.

—Es mamá —dije—. Será mejor que volvamos antes de que venga a buscarnos.

Descendimos por la ladera, atravesamos un bosque y entramos en el huerto por entre los artríticos árboles plateados cuyas raíces el tiempo había hinchado y calcificado. Mi padre había plantado árboles nuevos para reponer los que se morían.

—¡Ahí llega el cartero! —gritó Jessica, al ver un coche en el camino—. Hoy viene tarde.

—Tal vez tengamos noticias de Peter —dijo Leonie.

Corrió hacia el buzón, donde mamá nos esperaba con una carta en la mano.

—¿Es de Peter?

—Me parece que es de Ophelia —contestó mamá.

—¡Oh...!

Ophelia era una prima segunda nuestra. Ella y su familia vivían unos sesenta kilómetros al sur de la granja. Mamá abrió la carta y me la dio.

—Léela tú, Mary Jo. Nunca consigo entender su letra.

La letra de Ophelia era como una pintura abstracta; había que leerla varias veces para entender algo.

—«Queridos primos —leí—, hace tanto tiempo que no sabemos nada de vosotros que nos preguntamos si todavía estáis vivos y coleccionando. ¡Ja, ja! Ralph y yo seguimos tan bien como siempre, con la ayuda de Dios. Mamá está pachucha este verano. No sé si la tendremos mucho tiempo con nosotros.»

—¡Pobre tía Cass! —exclamó mamá, refiriéndose a la madre de Ophelia—. Se le va la cabeza. Pero por mi vida que, a pesar de su edad, está más fuerte que yo.

—Su olor también es más fuerte que el tuyo —dije—. El verano pasado, cuando estuvimos allí, parecía una fruta madura.